

GRUPO GERMINAL

(en defensa del marxismo)



cuadernos de formación marxista

EL MARXISMO Y SU MÉTODO

(Cahier de G.E.R., nº 1, OCI)

UNA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA NATURALEZA

El método dialéctico rechaza toda forma de separación absoluta y, muy particularmente, la que los obscurantistas, algunos de los cuales se autoproclaman ‘marxistas’, quieren establecer entre la naturaleza y la sociedad.

Implica una concepción del universo que integre los resultados de la ciencia.

Todo gran movimiento histórico implica, ciertamente, una concepción del universo. Los primeros cristianos tenían una. El universo fue creado tres mil años antes por Jeova-Dios, éste iba a destruirlo en poco tiempo y próximamente enviaría a su hijo para reinar sobre los justos, después de haber enviado a los malvados al infierno. Esto no se corresponde del todo con las actuales enseñanzas de las Iglesias pero ésta era su idea. Los ‘filósofos’ del siglo XVIII pensaban que la naturaleza podía ser conocida por la razón humana y que, una vez las ‘luces’ del conocimiento fueran suficientemente difundidas, la sociedad también lo sería según los dictados de la razón.

Es más válida la segunda concepción que la primera pero sigue siendo parcial, unilateral, porque es la de una clase en ascenso luchando por el

poder, por una nueva sociedad de clases en la que la dominará (y por esta misma razón, confundiendo sus intereses con los de la humanidad). Para emanciparse, el proletariado debe emancipar a toda la humanidad del azote de la división de clases, de la explotación, de la opresión. Por eso reivindica (aunque, como dijo Trotsky, no sin ‘beneficio de inventario’) toda la herencia de la cultura, la ciencia y el progreso humano.

Y no era por azar, y mucho menos por diletantismo, por lo que Marx y Engels seguían con pasión el movimiento científico de su época, consagrándole muchos esfuerzos y tiempo.

Por otra parte, sabéis que Engels, pronunciando el elogio fúnebre de Marx y para simbolizar la importancia histórica de su amigo, no encontró nada mejor que decir que éste había hecho por la historia lo que Darwin había hecho por la biología con su teoría de la evolución de las especies. Y no era un capricho de Engels, al que no le faltaban ocupaciones, consagrar bastante tiempo al manuscrito inacabado de un libro titulado *Dialéctica de la Naturaleza*. Y si Marx, muy mediocre en matemáticas en el instituto, volvió a ellas 40 años más tarde, para llegar a ser esta vez un maestro, no fue, como cuenta su yerno Lafargue, porque no encontró otro remedio para el dolor de muelas (en la época no es que hubiera algo más eficaz) sino porque le llevó a ello el desarrollo de su obra fundamental.

Sí, toda concepción que separa radicalmente al hombre del universo es una concepción antimaterialista y antimarxista. Sí, el proletariado es el heredero de todo el esfuerzo de la humanidad por controlar el universo, y controlar el universo implica el conocimiento de sus leyes. El proletariado no puede renunciar a reivindicar esa herencia. Todo esto no significa que cada militante marxista deba asumir esta tarea por completo, pero sí que la concepción materialista del universo debe ser un componente esencial de su conciencia.

Esta necesidad de una concepción del mundo no es exclusiva de Marx y Engels, es un hecho que concierne a todo el movimiento proletario aunque a menudo haya cobrado formas no científicas.

Los anarquistas españoles se reunían en congreso para discutir, a lo largo de extensas jornadas, la ley de Newton, lo que tiene un aspecto un tanto ridículo (aunque la burocracia del Kremlin, si se tercia, puede defender ‘la ley del camarada Newton’ contra un pequeño profesor checo que la rechace, y por tanto ponga en peligro todo el orden burocrático, como bien saben los lectores de *El hombre que subió al techo* de Pavel Khoust) pero

sólo un tanto ridículo; este hecho expresa una tendencia fundamental del movimiento obrero que Marx y Engels supieron expresar bajo el ángulo exclusivamente científico y materialista, es decir, bajo el ángulo de un conocimiento crítico.

Para Engels fue una verdadera desventura tener que escribir su libro sobre la base de la ciencia de finales del siglo XIX, justo antes del principio de una conmoción fundamental (marcada por la teoría de la relatividad y por la de los cuantitas).

Resulta cómico, y al mismo tiempo tiene una significación más profunda que es preciso investigar, constatar que la concepción del universo que tenían los sabios del siglo XIX (y Engels también, ya que no pretendía, de ninguna de las maneras, marcarles leyes en su propio dominio, aunque sí que reveló en ellos cierto número de necedades e incongruencias, y no podía partir más que de sus resultados) era la de un universo que cambiaba poco y lentamente, dicho de otro modo: un universo si no estático por lo menos casi estático, correspondiendo, de hecho, a la concepción que tenía la burguesía de la época de una sociedad que sólo cambia cuantitativamente, que cambia poco a poco en el sentido de un 'progreso' abstracto que reglamenta, poco a poco, todos los problemas.

Como la noción de 'progreso' sólo tiene sentido en relación con el hombre, no para las galaxias o las especies (para los dinosaurios su reemplazo por los mamíferos no supuso de ningún modo un 'progreso') los sabios del siglo XIX vislumbraban más bien un universo cíclico evolucionando con una majestuosa lentitud de la nebulosa a la nebulosa, después de lo cual todo volvería a empezar.

Hoy en día la imagen que la ciencia nos suministra del universo (imagen fundada sobre observaciones y experiencias innumerables gracias a medios técnicos de una potencia incomparablemente más grande) es, sobre todo, la de un universo que, tanto en el tiempo como en el espacio, es incomparablemente más grande.

Se ha dicho que la relación entre el conjunto de conocimientos de la actualidad, 1973, y los de hace un siglo, es la misma que la del volumen de la Tierra con la naranja. Pero, sobre todo, y tal cómo concebimos hoy en día el universo, esto facilitaría sobremanera las cosas a Engels si tuviese que escribir su libro; un universo estudiado por el hombre que se extiende sobre millones y millones de kilómetros en el espacio y millones de años en el tiempo y que está en continuo cambio, rápido, violento e irreversible,

que no vuelve a estar nunca dos veces en el mismo estado, que vive determinadas fases de transformaciones graduales y etapas más o menos estables en ciertos sectores pero que, al mismo tiempo y continuamente, vive conmociones explosivas de una intensidad que nadie podría soñar siquiera en el siglo pasado. El núcleo de las galaxias, incluida la nuestra, es teatro posiblemente de explosiones continuas y periódicas (y han debido de sucederse por miles desde que existe la tierra); explotan estrellas gigantes y una parte de su sustancia se expande en el espacio vacío, el resto se contrae indefinidamente y desaparecen los famosos ‘agujeros negros’ en los que la gravedad es tan fuerte que la misma luz queda atrapada para siempre. El rasgo más sobresaliente del universo que conocemos en la actualidad, es el de su carácter de evolución irreversible, procediendo por saltos, por revoluciones, por explosiones, por bruscos cambios a un estado completamente diferente del que conocemos. No pasa día sin que aprendamos que, una vez más, cualquier cosa que creíamos estable, o casi, ya no lo es y acaba de estallar, o está en trance de hacerlo o de mudar para dar a luz a otra muy diferente. En fin, el universo, tomado como un todo, aparece poseyendo una historia: su estado actual no es el de hace, digamos, uno o cinco mil millones de años; hace quince mil millones de años, toda la materia estaba probablemente junta en un volumen más pequeño y estalló; en un futuro conocerá igualmente un estado diferente, no sólo en cantidad sino en calidad, es decir, de una naturaleza diferente. Se podrían decir muchas más cosas aún, dar a conocer resultados análogos en todas las ramas de las ciencias de la naturaleza. Y no podemos dejar de admirar a Engels que, disponiendo como disponía de un marco infinitamente menos rico y exacto, pudo, si no partiendo del universo tomado como un todo sí por lo menos analizando numerosos fenómenos particulares, resaltar con una potencia sin igual su carácter dialéctico.

Conmociones, cambios irreversibles, lo que quiere decir que la lógica, es decir la lógica de tal universo, no es la lógica formal, sino la ‘lógica de la evolución’, para emplear la mejor definición de la dialéctica usada por Trotsky (a propósito: es preciso leer, si no se ha hecho ya, la elemental exposición de la dialéctica que figura en *Defensa del marxismo* como resumen de lo que podéis encontrar más desarrollado en el *Anti-Dühring* de Engels, no hay nada mejor).

DIALÉCTICA Y EVOLUCIONISMO VULGAR

La lógica de la evolución no es la de una evolución gradual, progresiva, en la que, en el fondo, los estadios futuros son previsibles.

....tal como una curva continua en la que se puede prever, extrapolar, un buen trozo, si no la totalidad después de trazar un arco: esta es la concepción del evolucionismo del siglo XIX, del evolucionismo vulgar, según la cual la humanidad progresa de forma lenta pero continuada, de manera que lo que no marcha ahora tarde o temprano irá menos mal, después bien. Este evolucionismo domina un tipo de marxismo que fue propio a los principales teóricos de la II Internacional, Kautsky, Otto Bauer, Hilferding y muchos más. Ellos explicaron, e incluso enriquecieron, la obra de Marx y Engels; al hacer esto, escribieron obras válidas y Lenin, incluso en el momento en que después de 1914 luchaba a muerte contra ellos, señalaba que determinadas contribuciones de estos hombres al marxismo pertenecían definitivamente al patrimonio de la clase obrera y recomendaba a las jóvenes generaciones que las estudiaran.

Pero eran marxistas para tiempos de paz. Se les escapaba la esencia dialéctica, revolucionaria del marxismo. La rebajaban al rango de comentario de un desarrollo histórico que, para ellos, se iba a cumplir de forma mecánica, fatal: cada vez tendremos más disputados socialistas en el parlamento, los regímenes políticos se democratizarán cada vez más, los países atrasados seguirán el mismo camino que los países adelantados, con cierto retraso y también, enseguida; ésta era verdaderamente su concepción fundamental. Marx y Engels no la compartían en absoluto. Conocieron, en 1848 y especialmente como participantes, un mundo que no se parecía de ninguna manera a este esquema. Durante las fases de aparente evolución gradual del capitalismo, de impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, como fue el que se dio entre 1850 y 1875, sabían discernir y analizar la dinamita social que se acumulaba en las profundidades.... hoy en día el evolucionismo vulgar, la doctrina del cambio gradual, sin verdadera discontinuidad... dicho de otro modo, sin verdaderas contradicciones, está en el fondo de la doctrina de Ernest Mandel y sus adeptos. Cuando vemos las elucubraciones que han amontonado a propósito del neocapitalismo y del crecimiento de las fuerzas productivas después de 1940, cuando leemos lo que han propalado en *IVª Internacional*, en el artículo de Boisgontier sobre esta cuestión, o sea, un machaqueo de estadísticas mal digeridas... ¡bueno! Hay que repetirse que en todo ello no hay mala fe sino total incompreensión de la dialéctica.

En *La Verité* explicábamos: la cuestión decisiva es que las fuerzas productivas no son sólo cosas mesurables cuantitativamente sino una

categoría histórica, social, económica y, como tal, contradictoria. *IVª Internacional* retoma los argumentos del cambio gradual y progresivo: “se produce cada vez más acero, luego...”.

En relación con la Unión Soviética la actualidad nos brinda un magnífico ejemplo de lo absurdo de este tipo de cosas.

Hace quince o veinte años, todos los pequeñoburgueses de la Tierra, incluidos los pablistas, explicaban que la Unión Soviética, gracias al impetuoso desarrollo de su industria, adelantaría pronto a los países capitalistas avanzados, lo que cambiaría la faz del mundo. Entre otras cosas produciría oro de tal manera que inundaría el mercado y ¡subvertiría el sistema monetario internacional! Como ya sabéis, el sistema monetario internacional ha sido subvertido en los últimos tiempos, y es sólo el principio, pero seguramente de ningún modo porque haya sido inundado por el oro de la Unión Soviética.

Ahora bien, la Unión Soviética produjo en 1972 más acero que los Estados Unidos: 5% más. Es evidente que si ese hecho se hubiese producido en 1925, cuando el acero era un material aún elemental para las economías más avanzadas, ello hubiera tenido una inmensa importancia. Hoy en día no tiene ninguna. Los Estados Unidos podrían producir mucho más acero, su siderurgia, al contrario que la de la URSS, funciona muy por debajo de su máxima capacidad; es uno de los aspectos de la crisis histórica del capitalismo. Pero los materiales determinantes hoy en día en las economías adelantadas son los metales no ferrosos, las aleaciones con cualidades mecánicas excepcionales, la industria química, la electrónica... y de ninguna manera el acero, sin hablar del carbón en el que la Unión Soviética bate todos los récords. En ello encontramos una refutación más de la teoría de la evolución gradual (y en este caso preciso del ‘socialismo en un sólo país’), según la cual por un progreso que se continúa indefinidamente, la Unión Soviética podría adelantar a los países capitalistas con tal que su tasa de crecimiento fuera del 15% y la de ellos del 8%, con tal que el mundo esté en paz, con tal que se mantenga el *estatus quo*, no sólo entre los estados sino también entre las clases. Esta concepción, que es la de la pequeña burguesía, la del evolucionismo vulgar, choca ante nuestras mismas narices con la realidad histórica.

De los mismo resultados de las ciencias de la naturaleza se deduce ya, pues, la exigencia de una lógica que no sea formal, de una lógica que sea la de un desarrollo irreversible y, en consonancia, contradictorio.

En efecto: si A debe cambiar, el único medio por el que puede hacerlo sin sufrir un cambio gradual según vías fijadas de antemano, sin nada nuevo ni irreversible, sin nada que sea una verdadera ruptura con el pasado, sino cambiar realmente, convertirse en otra cosa, romper con el pasado, es que deje de ser idéntico a sí mismo ($A=A$) y se convierta, pues, en otra cosa que A, en 'no-A', lo contrario de A; no hay otra forma de transformación en el mundo real más que convertirse en otra cosa diferente de lo que se era, negando de determinada manera lo que se era, convirtiéndose de forma determinada en lo contrario, continuando siendo A bajo otro aspecto. Después de lo cual el cambio irreversible prosigue, negando al mismo tiempo A y no-A, suprimiéndolos y conservándolos a la vez en una unidad superior. El primer dialéctico, el filósofo griego Heráclito, decía: "Nunca se cruza dos veces el mismo río". Es cierto, siempre es otro río. Y sin embargo es el mismo, creciendo, desbordándose en el llano, casi seco... El estadio siguiente del análisis es la elaboración del concepto general de río y de red fluvial, después la teoría del nacimiento, vida y muerte de las redes fluviales... en la larga historia de las tierras emergidas, desde hace quinientos mil millones de años en los que la vegetación regulariza en ellas la erosión.

Es el momento de romper una lanza en favor de lógica formal.

Tenemos tendencia a hablar de ella en un tono peyorativo. Ahora bien, hay que entender que para la humanidad haber llegado en primer lugar a distinguir conceptos, nociones, ideas fijas y estables tales como la identidad, la negación, las diversas operaciones de la lógica formal, representó un enorme paso adelante. Durante centenares, miles de milenios, frente a un universo que, precisamente, estaba continuamente en cambio, donde 'todo pasa', la humanidad no llegó a elaborar conceptos estables, categorías, nociones. Haberlos elaborado, haber llegado al estadio de cierto número de conceptos, categorías fijas y rígidas, representó, ante todo, un inmenso progreso y la dialéctica no consiste, en absoluto, en substituirlos por ideas confusas e indistintas, sino en considerar las ideas, los conceptos, no sólo por ellos mismos sino por sus relaciones mutuas, como elementos de una totalidad en movimiento. Como resaltaba Trotsky, la dialéctica no abole la lógica formal sino que la supera.

La lógica formal es respecto a la dialéctica, por ejemplo, lo que es la fotografía respecto al cine. La fotografía fija los objetos y las relaciones en un instante determinado de su desarrollo. No existe el tiempo, está detenido, guarda el valor que tiene cuando ha sido tomada la fotografía. Bajo esas condiciones, los objetos tienen una posición fija, relaciones fijas

unos con otros que, así, entran en categorías fijas, tales como sólido, líquido, gaseoso, etc. Ciertamente que una mirada más penetrante, no la del hombre sino la de los instrumentos contruidos por él, permitirá ver en un cuerpo sólido un remolino de miríadas de partículas en movimiento rapidísimo y nada que se mantenga quieto. Todo esto es cierto pero no impide que los cuerpos sólidos existan y que no se pueda superar la noción de cuerpos sólidos, es decir pasar de la fotografía al cine, de relaciones estables y fijas a las relaciones en evolución, y sobretodo en evolución irreversible, contradictoria, explosiva, si se olvida que también hay fases de desarrollo gradual que llevan a fases explosivas, después de las cuales se producen otras fases de desarrollo gradual. Pero durante estas fases de desarrollo gradual, no obstante, crecen contradicciones inconciliables, conflictos que no pueden ser resueltos y que, precisamente, ponen un punto final ‘catastrófico’ al desarrollo gradual en una determinada fase.

Así, si se calienta agua, evoluciona primero gradualmente, cuantitativamente, y se vuelve agua caliente: pero las contradicciones internas se acumulan y, ¡mira por donde!, al final se convierte en gas. Cambio cualitativo y, sin embargo, siempre es el mismo cuerpo químico, las mismas moléculas hechas de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Se calienta más y el agua se disocia, los átomos de oxígeno y de hidrógeno se separan. Más arriba en la escala de las temperaturas cada átomo pierde sus electrones, el gas se vuelve plasma. Más arriba aún, mucho más arriba, los mismos átomos se desintegran en partículas- protones, neutrones y otras. Más arriba aún en la escala de las densidades de energía, las partículas ‘estables’ se convierten ellas mismas en inestables... El cambio cuantitativo produce cada vez una calidad nueva, ésta engendra un nuevo cambio cuantitativo, en el que se acumulan nuevas contradicciones internas más patentes, y a así sin interrupción.

NEGACIÓN DE LO QUE ES, PASO A UNA FASE SUPERIOR QUE CONTIENE Y ABOLE, A LA VEZ, LOS DOS TÉRMINOS (‘NEGACIÓN DE LA NEGACIÓN’). NECESIDAD DE CONSIDERAR LOS FENÓMENOS NO SÓLO POR ELLOS MISMOS SINO EN SUS MUTUAS RELACIONES EN EL SENO DE LA TOTALIDAD QUE LES ES PROPIA Y SIN LAS QUE NO SE LOS PUEDE COMPRENDER, TRANSFORMACIÓN DE LA CANTIDAD EN CALIDAD Y DE LA CALIDAD EN CANTIDAD, ESTAS SON LAS LEYES ESENCIALES DE LA DIALÉCTICA, LAS LEYES DE LOS FENÓMENOS REALES, EN LA NATURALEZA.

En lo que se refiere al evolucionismo vulgar no se trata más que de un progreso apenas sensible en relación con la lógica formal...

Y, al mismo tiempo, una regresión porque, al fin y al cabo, la lógica formal no pretende ser más que lo que es, es decir: no pretende describir la evolución, la transformación, la historia del universo real, mientras que el evolucionismo vulgar sí que lo pretende; pretende que todo sucede por medio de cambios graduales y progresivos y que, en consecuencia, no hay, al fin de cuentas, cambio real, porque un cambio gradual y progresivo no puede introducir nada esencialmente nuevo, que no existiera como tal en el pasado, que tenga ciertas cualidades nuevas.

La transformación de la cantidad en cualidad (y recíprocamente) es una ley inseparable por completo de una evolución que comporta fases irreversibles.

Si existe evolución irreversible es precisamente porque aparecen cualidades nuevas desde el momento en que el cambio cuantitativo ha alcanzado un grado suficientemente elevado.

No planteéis de forma especial, a parte, la cuestión ¿qué grado exacto de cambios cuantitativos es preciso que se den para tener un cambio cualitativo? Esta cuestión fue discutida en una reunión del comité ejecutivo internacional de la IVª Internacional, en 1949, antes de la escisión pablista. Se trataba de la cuestión de la naturaleza de los estados de Europa del Este. Pablo no dejaba de repetir a propósito: todo consiste en saber el ‘punto dialéctico’ en el que la cantidad se transforma en cualidad. Y se proponía medir, con diversos índices cuantitativos (porcentajes de nacionalizaciones, etc.) si el ‘punto dialéctico’ del paso del estado obrero al estado burgués se había franqueado. Parecía no resentir verdaderamente que la misma naturaleza de este ‘punto dialéctico’ es que no existe. No se puede decir que un hombre es calvo si sólo le quedan 27 cabellos desde el momento en que no lo es si aún tiene 28. Ahí está precisamente la naturaleza de la ley de la transformación de la cantidad en calidad.

El Manifiesto de la OCI se sitúa en la perspectiva de la evolución de la humanidad.

Volvamos a nuestro propósito. Es precisamente en esta perspectiva de una evolución, que es la del universo y no sólo la de la historia de la humanidad desde hace ciento cincuenta años, en la que se sitúa el Manifiesto de la OCI cuando recuerda que el capitalismo amenaza con liquidar, con la

humanidad, el producto de cuatro mil millones de años de evolución de la vida y algunos milenios de historia, o de ciento cincuenta años de lucha del movimiento obrero. Ello responde profundamente, no lo dudéis, al sentimiento de clase del proletariado, en sus más profundas capas, que le empuja a situarse no sólo políticamente en la situación actual e inmediata, ni más generalmente en la historia de los dos últimos siglos, sino también como una clase que lleva en su seno los destinos de la humanidad en el universo y en su historia.

DE LA PREHISTORIA A LA HISTORIA

El trabajo del hombre, motor de la evolución de la humanidad.

El interés que Marx y Engels mostraron por la prehistoria iba en el mismo sentido. Acaban de publicarse las notas de Marx sobre los libros de Morgan que sirvieron de base a Engels para redactar su libro sobre el origen de la familia. Sobre este tema es preciso hacer numerosas observaciones.

Una de ellas es que, fundamentalmente, existía algo que impedía situar todos los elementos en su correcta perspectiva (y por otra parte Morgan no era, en realidad, lo que hoy en día llamamos un prehistoriador sino, más bien, un etnólogo que se ocupaba de sociedades no muy antiguas), faltaba algo que hoy tenemos: una escala temporal exacta. Hoy sabemos que la humanidad lleva a sus espaldas alrededor de tres millones de años de prehistoria; que los primeros individuos pertenecientes a nuestro género (al género humano) si no a nuestra especie, empezaron a utilizar como útiles, en una época relativamente lejana (en todo caso hace más de dos millones de años), piedras modificadas por percusión sobre un lado. Cuando echamos una mirada sobre una perspectiva de cien mil años, más o menos, y sin ninguna precisión, sin ninguna posibilidad, de situar la sucesión de los periodos ni su duración respectiva, muchísimas cosas sólo pueden captarse de forma defectuosa.

Mucho más valor tiene la idea fundamental de Marx y Engels (a saber: que el motor de la evolución humana, incluso en la prehistoria, ha sido el trabajo, la actividad práctica en un medio natural y que, por tanto, allí donde el hombre comience a fabricar útiles, por muy primitivos que sean, los factores culturales, técnicos, tomarán la delantera a los factores biológicos, los dominarán, incluso los determinarán) esta idea fundamental ha sido plenamente justificada por los inmensos progresos de una ciencia que aún estaba en su primera infancia cuando Engels escribió su opúsculo:

El papel del trabajo en la transición del mono al hombre, y, para el caso, importa poco que hoy sepamos que el hombre ‘no desciende del mono’ pero que grandes monos antropoides y hombres descienden de un antepasado común que vivía hace treinta o cuarenta millones de años, que el mecanismo de la evolución biológica que hoy conocemos fuera ignorado por completo en el siglo XIX, y por tanto también por Engels. Lo que es esencial, es el grado de cultura técnica alcanzada, del que Marx especificaba, ya en el primer libro de *El Capital*, que es el elemento que permitía distinguir una cultura prehistórica de otra distinta. Es la llave de una explicación materialista de la producción del hombre por el hombre. (Desde el momento en que la fabricación de útiles por bastos que sean, comenzó, desde el momento en que esta técnica se transmite de generación en generación, perdiéndose a veces recuperándose otras, diversificándose - existen civilizaciones fundadas sobre los grandes núcleos del sílex y otras sobre los de los fragmentos- progresando siempre, finalmente, de milenio en milenio y de especie en especie.)

La revolución neolítica

Por razones que incluso hoy no están claras, en un determinado estadio, después de que transcurrieran dos o tres mil milenios y de que el arte de vivir sobre y en el medio natural sin modificarlo aún fundamentalmente (el arte de la caza, la pesca y de la recolección) alcanzase un asombroso grado de perfección, hace diez o quince mil años, puede que más en ciertas regiones del planeta, se produjo un cambio fundamental. La humanidad no se contentó sólo con desarrollar sus aptitudes para extraer del medio natural con qué satisfacer sus necesidades, aptitudes que no podemos llamar ‘capacidades técnicas’, emprendió la tarea, poco a poco, de transformar el mismo medio natural a fin de satisfacer apropiadamente sus necesidades, y, con ello, producir lo que necesitaba para su consumo, nacieron la agricultura y la ganadería. Esta ‘revolución neolítica’ se extendió de hecho a lo largo de numerosos milenios, coexistiendo con la caza, pesca y recolección.

Todo esto no sucedió sin entrañar una profunda conmoción en la actitud mental de los hombres en relación con la naturaleza. El cazador, pescador o recolector de granos y frutos (incluso equipado con útiles de piedra, madera o hueso) no se diferencia del medio natural en el que encuentra su subsistencia. La agricultura ve en la naturaleza una enemiga que es preciso domeñar, entonces el hombre se separa de ella. Aparece la angustia de muerte... Por otra parte este ejemplo es suficiente, para mostrar lo absurdo

de la dialéctica de Proudhon, con todo aún de uso corriente, según la cual ya que todo (el capitalismo, por ejemplo) posee buenos y malos aspectos ¡es suficiente con suprimir los malos y conservar los buenos! Al mismo tiempo podéis apreciar la profundidad del aforismo de Hegel: “Las cosas progresan siempre por su lado malo” (o sea, por el papel del proletariado ‘pero vertiente’ del capitalismo). Fue una desgracia que el hombre se sintiera definitivamente separado de la naturaleza, enfrentado a una naturaleza hostil, pero una desgracia inevitable ya que el progreso humano, el nacimiento de la civilización, sólo podía realizarse a través de la lucha por el control de la naturaleza. También la esclavitud fue una etapa inevitable del progreso de la humanidad. Pero uno de los objetivos últimos del socialismo será, precisamente, no sólo abolir para siempre toda forma de explotación del hombre por el hombre sino también reintegrar el hombre en la naturaleza...

División del trabajo, sobreproducto.

Finalmente, la agricultura alcanzó un nivel en el que cada agricultor, ganadero o artesano, producía, por término medio, más de lo que él consumía, siempre que su consumo se redujese a lo estrictamente necesario (y sobre todo no busquéis, también aquí, el ‘punto dialéctico’ y no digáis que en VIII milenio no existía sobreproducto pero que en VII milenio empezó a existir ¡no es tan simple!). A partir del momento en que el agricultor o ganadero, el hombre que trabaja la tierra o el hombre que cuida el ganado, produce más de lo que él consume en una año, y en que ese producto suplementario (o ‘sobreproducto’) se presenta bajo una forma en que puede conservarse y no debe ser consumido enseguida (los cereales), entonces aparece un nuevo elemento del desarrollo histórico, aunque nace de la misma fuente que todos los anteriores: el trabajo humano. Este último empieza a diversificarse, se desarrolla la división del trabajo y, por el hecho de diversificarse, se opone a sí mismo: este ‘producto suplementario’ del esfuerzo del 90 o 95 % de la población que cultiva la tierra, paca el ganado o fabrica herramientas o vestimenta, producto que ya no les pertenece, se alza ante ellos como un extraño. Este extraño (soberano del lugar en que se guarda el sobreproducto, las reservas de cereales para futuras semillas o eventuales hambrunas) que era hace poco su hermano es ahora su dueño. Vive sin producir, del sobreproducto del trabajo de los demás, se consagra a la dirección a la gestión, al pensamiento. Ha nacido la división del trabajo más radical, la división entre trabajo manual e intelectual. Al mismo tiempo que nacen estas fuerzas productivas, y las relaciones de producción (explotación) que engendran, lo hacen las ideas que las justifican. Si hay

sacerdotes, caudillos, guerreros, reyes (y esclavos) es que dios así lo ha querido. ¡No es sorprendente que las reservas de grano se almacenen a menudo en los templos!

Después, la división del trabajo se desarrolla: la tierra, durante mucho tiempo propiedad comunal junto con el ganado, pasa a ser propiedad del Estado (del soberano) o privada y se desarrolla la división de clases. Hay una clase productiva (generalmente bajo las más diversas formas, clase de esclavos de un amo individual o del soberano) y diversas clases privilegiadas que viven del sobreproducto.

En lo sucesivo, y para toda una etapa, la clave de la explicación de la historia será la lucha entre las diversas clases y capas de privilegiados por el sobreproducto.

Desarrollo de las fuerzas productivas

En una tribu de cazadores paleolíticos, se puede dar toda suerte de conflictos pero sin lucha de clases puesto que no hay sobreproducto. Cuando la caza es abundante todo el mundo se harta de comer; cuando escasea la caza todos se aprietan el cinturón. Sólo la ganadería, y, por tanto, la agricultura necesaria para alimentar el ganado en invierno, permitirá constituir reservas alimenticias de la única manera posible en esa época: reservas en vivo...

Con el desarrollo de la división del trabajo, con la desaparición de la propiedad comunal de la tierra, la historia de la humanidad deviene lo que aún es hoy en día: la historia de la lucha de clases. Y el elemento fundamental que introducirá contradicciones y las desarrollará, poniendo en movimiento la historia, será el desarrollo de las fuerzas productivas, de la aptitud de la humanidad para producir cada vez más, más gran variedad de bienes materiales, para domeñar por encima de todo la naturaleza a fin de obligarla a satisfacer sus necesidades en una escala cada vez mayor. Eso son las fuerzas productivas, lo que conlleva diversos aspectos cuantitativos mensurables (cantidad de cereales producida por un trabajador o por unidad de cultivo en un año, etc.) pero ni son la suma de estas cantidades ni se reduce a una cantidad. Este es el elemento que cambiará, al principio muy lentamente... después muy rápidamente. El desarrollo de las fuerzas productivas sólo se acelerará a partir del XIX de nuestra era; hasta ese momento se trata de un fenómeno extremadamente lento y, por otra parte, interrumpido por periodos de regresión (durante la segunda mitad del

reinado de Luís XIV, por ejemplo, las fuerzas productivas retrocedieron en Francia, para permanecer estancadas a lo largo del siglo XVIII, madurando la explosión de 1789).

Relaciones de producción

El elemento motor del cambio, pues, es el desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Qué elemento es el que no cambia o, más exactamente, qué no cambia al principio, qué se opone al cambio? Es lo que llamamos relaciones de producción. ¿Qué quiere decir esto? Hay que entenderlo bien: no se trata de objetivos, de categorías abstractas ajenas a la historia, menos aun de divinidades: las fuerzas productivas son producto del trabajo humano, las relaciones de producción son relaciones producidas por la humanidad en el mismo curso de su actividad productiva, en tal o cual estadio de la historia, relaciones fijas que se corresponden con un estadio determinado del desarrollo de su capacidad de producción. De esta forma, la agricultura se desarrolla en el marco de las relaciones de producción correspondientes a la propiedad colectiva de la tierra por una tribu sedentaria (mientras que la tribu es nómada agota rápidamente la tierra y va a desbrozar la selva a otro lugar). A esto le sucede la propiedad privada o estatal de la tierra y una agricultura de amos y esclavos. La esclavitud corresponde a un nivel de productividad más bajo ya que el producto que se queda el esclavo, o el trabajador forzado, no depende, de ningún modo, de lo importante de su esfuerzo y, por tanto, éste se esforzará lo menos posible (los nazis repitieron esa experiencia). Bajo las más diversas formas, las relaciones sociales basadas en la esclavitud tienen lugar, pues, durante todo un estadio del desarrollo histórico de la humanidad a lo largo del cual las fuerzas productivas se desarrollaron muy poco. Poco a poco se desarrollan éstas y entonces entran en conflicto con las relaciones sociales de esclavitud y, también, con las ideologías, religiones y filosofías que las justifican y demuestran su ‘necesidad’.

Hasta que en las profundidades de la sociedad no hayan madurado los antagonismos entre las relaciones sociales y fuerzas productivas no se cuestionará esta necesidad, concebida como ley natural o voluntad de los dioses. Por eso, al principio del siglo IV antes de nuestra era, cuando Platón dibuja en su *República* el plan de un estado ideal, lo concibe basado en la esclavitud. ¿O es que, acaso, no es indispensable el trabajo de los esclavos para permitir que el arte y la filosofía florezcan en Grecia gracias a los hombres libres? Ningún filósofo de esta época pensará de otra forma, incluso los que son esclavos. Y si lo hacen, lejos de soñar con emprender

una lucha colectiva contra las clases privilegiadas, los esclavos se esfuerzan en volver a su país, aquel del que la guerra los arrancó.

En la antigua Roma, sin embargo, durante los siglos III y II a. de J.C. acaecen grandes transformaciones sociales. Los cereales entregados por los pueblos vencidos acabarían arruinando a los pequeños campesinos libres que trabajan la tierra con un puñado de esclavos y que tuvieron que irse a la ciudad a vivir a costa de algún patricio del que constituirían su 'clientela'. Pueblos enteros fueron vendidos como esclavos en el mercado romano y el precio de los esclavos no cesó de bajar. Los terratenientes poseían enormes rebaños de esclavos que cuidaban enormes rebaños de borregos, los terratenientes velaban por el sustento de sus bestias pero no de sus esclavos a los que costaba poco reemplazar. Algunos progresos técnicos en el cultivo de los cereales permitieron, por fin, aumentar un poco la productividad de la tierra a cambio de un trabajo encarnizado que sólo podían realizar los colonos (especie de granjeros) que recibían una parte de la cosecha. Fue entonces, y sólo entonces, a partir del 140 antes de nuestra era, cuando empezaron las grandes revueltas de esclavos que culminaron con la última, dirigida por Espartaco, en el 70 antes de nuestra era, que libró batalla contra las clases romanas privilegiadas y que intentaría hacerse con el poder. Sólo entonces florecieron auténticas utopías 'comunistas', se soñó con una 'ciudad del sol' en la que nadie sería esclavo, en la que reinaría la comunidad de bienes.

Pero las fuerzas productivas estaban lejos de permitir ampliamente la satisfacción de las necesidades para todos. Donde conquistó el poder, la clase de los esclavos no pudo promover nuevas relaciones, un nuevo modo de producción que suscitase un amplio desarrollo de las fuerzas productivas, menos lo pudo ninguna clase de hombres libres. Los esclavos fueron masacrados. Apenas constituido el Imperio Romano entrará en decadencia, en una descomposición que se prolongó durante siglos y cuyo punto final lo pondrán las invasiones de los 'bárbaros'.

El cristianismo se extendió con sus ideales de ascetismo, resignación, con su reino que 'no es de este mundo'. Cristalizó en el siglo III de nuestra era como religión oficial del Imperio, 'dando al Cesar lo que es del Cesar', predicando a las masas desesperadas la resignación en este mundo, el paraíso en el otro; se extendió enseguida por todo el orbe conocido de la Antigüedad, progresando al mismo paso que la barbarie.

De esta forma se esboza la historia de la humanidad, la historia de la lucha de clases, esquematizada por Marx en cuatro tipos sucesivos de modos de

producción: asiático, antiguo, feudal y capitalista. Cada modo de producción, cada sistema de relaciones de producción y de ideología nacerá para desarrollar más las fuerzas productivas, después se convertirá en freno, en traba a su desarrollo.

ENTONCES SE ABRE UN PERIODO DE REVOLUCIÓN SOCIAL QUE ACABARÁ EN LA CONQUISTA DEL PODER POR UNA NUEVA CLASE CAPAZ DE PROMOVER LA VICTORIA DE UN NUEVO MODO DE PRODUCCIÓN SUSCEPTIBLE DE CONTENER LAS ACRECENTADAS FUERZAS PRODUCTIVAS, SIEMPRE QUE TAL CLASE EXISTA, O POR UN PERIODO DE BARBARIE, DE RETRASO GENERAL, SI NO EXISTE TAL CLASE.

EN LA ACTUALIDAD ESTAMOS EN MEDIO DE UNO DE ESOS PERÍODOS DE REVOLUCIÓN SOCIAL, EL MÁS AMPLIO QUE LA HISTORIA HA CONOCIDO. EL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA NO SÓLO HA PERMITIDO UN PRODIGIOSO DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS SINO QUE HA UNIFICADO EL MODO DE PRODUCCIÓN A ESCALA MUNDIAL, LO QUE NO QUIERE DECIR QUE LO HAYA HECHO POR IGUAL EN TODAS PARTES SINO QUE HA CONSTITUIDO UNA UNIDAD ORGÁNICA SOBRE LA QUE SE BASA, PRECISAMENTE, EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO Y LA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE; ESTOS PUNTOS LOS DESARROLLAREMOS EN OTRAS CHARLAS.

¿Qué responde el marxismo a esta cuestión? ¿Es que estoy a punto de contaros que son las fuerzas productivas las que hacen la historia? Para Bossuet, en su *Discurso sobre la historia universal*, es Dios quién hace la historia; otros creen que son los francmasones, o los judíos, o los jesuitas. Otros, los ‘James Bondistas’, que son los servicios secretos. ¡La nariz de Cleopatra, si hubiese sido más corta... habría tenido, al menos, la ventaja de ser más agradable a la vista! Otros filósofos mantienen que son las ideas. Pero entonces ¿de dónde vienen las ideas? Del cielo, evidentemente.

¿En vez de Dios, de los francmasones, de los judíos, de James Bond, de la nariz de Cleopatra, de las ideas puras, el marxismo se contenta con introducir una nueva entidad (los ‘factores económicos’, como dicen los marxistas vulgares, o las fuerzas productivas que dicen los empollados)? No, éstas no lo son todo. Marx nos lo explica: “el hombre hace su propia historia”, dice. También dice, hablando de las fuerzas productivas, hablando de las relaciones de producción y de las ideologías que las

‘justifican’, que no son divinidades saldando cuentas en algún cielo y, de paso, el destino de los simples mortales. No; fuerzas productivas, relaciones de producción, etc... sólo son seudónimos, aspectos, de la actividad creadora del hombre en la historia (que es su historia y la de nadie más). No se trata de la capacidad de producción de los habitantes de Sirio (si existen deben pasar calor, la temperatura en la superficie de esta estrella es de 10.000 grados). E incluso podrían hablarme de las fuerzas productivas allí, no lo sé ni lo sabré a no ser que vengan a suministrarme algunos datos sobre su modo de vida. Pero, por el momento y en todo caso, no se trata de una abstracción, de un fenómeno natural sino de fuerzas productivas de la humanidad, es decir de la historia de la humanidad y del progreso humano, del desarrollo de la cultura porque las fuerzas productivas, que es como decir el conjunto de relaciones materiales e intelectuales de los hombres en su actividad productiva, entre ellos y con la naturaleza, o mejor, entre ellos por intermedio de la naturaleza, son la esencia misma de una cultura, de la cultura de una época, su ‘aroma’ como también dijo Marx.

Y el actual antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción no es sólo el origen de la agravación de la lucha de clases sino también, al mismo tiempo, una expresión, una forma del conflicto entre proletariado y burguesía. En la actualidad, conflicto entre proletariado y burguesía, la lucha del proletariado por el poder y por el socialismo, se desarrolla en el marco de una crisis histórica abierta por el hecho que las fuerzas productivas han sobrepasado, desde hace tiempo, los límites compatibles con el funcionamiento del modo de producción capitalista y chocan cada vez con más violencia con la propiedad privada de los medios de producción y con las fronteras del estado nacional.

Ante ello, y desde el momento en que desde hace medio siglo ha quedado abierta la era de las guerras y revoluciones (y ello por razones que examinaremos en otro lugar), la contradicción sin salida se manifiesta en el mismo seno de las fuerzas productivas que el capitalismo transforma en fuerzas destructivas en una escala creciente, amenazando con eliminar a la humanidad. Fuerzas productivas y fuerzas destructoras, socialismo o barbarie, son también nombres, expresiones, aspectos de la realidad total que hace la historia de nuestro tiempo: la lucha entre el proletariado y la burguesía.

Sin embargo, aunque el hombre haga su propia historia, no la hace en condiciones escogidas arbitrariamente por él sino en condiciones directamente heredadas del pasado, como precisó Marx. Y estas

condiciones se llaman fuerzas productivas, relaciones de producción, ideología, y sus antagonismos.

La dialéctica de la sociedad no es esencialmente diferente de la dialéctica de la naturaleza, lo que no quiere decir que no existan profundas diferencias entre estos dos tipos de leyes, el hombre puede aprovecharse de las leyes de la naturaleza pero en ningún caso puede cambiarlas. Por el contrario, las leyes de la sociedad, las leyes de la historia, son producto de la actividad histórica de la humanidad y, como tal, son transitorias. Las leyes de la naturaleza se imponen con un carácter absoluto, tan imperioso como la caída de los cuerpos; si os asomáis demasiado por la ventana os caeréis, así es como se manifiesta la ley de Newton en el aspecto en que os concierne a vosotros. Vosotros no tenéis ninguna posibilidad de escapar a la necesidad de vender vuestra fuerza de trabajo, so pena de morir de hambre, a no ser que seáis rentistas... pero, el régimen asalariado no es un producto de la naturaleza, es un producto de la actividad histórica de la humanidad y ésta, en determinado momento, puede ponerle punto final. La clase que las relaciones sociales de la sociedad capitalista preparan para cumplir esta tarea, la clase obrera, puede ponerle punto final.

¿Cómo caracterizaba Marx los rasgos específicos de la lucha de clases en nuestra época? Le escribió a uno de sus amigos: *“No soy yo quien ha descubierto la lucha de clases como ley de la historia, antes que yo lo han hecho historiadores burgueses; lo que yo he aportado de nuevo es: [que es decisivo y, sin embargo, por lo general, mal comprendido incluso por los marxistas, que a menudo tienden a entender la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía de forma no esencialmente diferente a la lucha que se dio entre burguesía y nobleza, etc.] 1/ En nuestra época la lucha se reduce, cada vez más, a la lucha entre dos clases fundamentales: el proletariado y la burguesía. 2/ La clase obrera, en la lucha por su emancipación, tiende a constituirse en clase dominante, a instaurar la dictadura del proletariado. 3/ Por fin, el proletariado, al instaurar su dictadura, no puede tener como objetivo instaurar una nueva sociedad de clases, en la que él sería la clase dominante, sino abolir definitivamente toda clase y toda especie de diferenciación social.”*

Pues las posibilidades de la ciencia y de la técnica, una vez puestas al servicio de las necesidades humanas gracias a la propiedad social de los medios de producción, pueden satisfacer sin límites todas las necesidades de los hombres. La sociedad sin clases ni Estado o la barbarie y aniquilación (no hay ni puede haber término medio).

El marxismo tiene su historia

Esto es, muy esquemáticamente, lo que efectivamente descubrieron Marx y Engels cuando fundaron el materialismo histórico. No obstante el marxismo también tiene una historia y es también un producto histórico; de ninguna forma fue, incluso en su punto de partida, un descubrimiento de sabios de laboratorio.

Cuando consideramos las tres ‘fuentes y partes integrantes del marxismo’ que señala Lenin (filosofía alemana, esencialmente Hegel, la economía política inglesa, Adam Smith y Ricardo, y, por fin, el socialismo francés) hay que señalar que estos elementos no tienen exactamente el mismo papel, no están en el mismo plano. El ‘socialismo francés’, la organización embrionaria del proletariado, ocupa el último lugar en el tiempo, o sea que es el elemento decisivo, que pone punto final al pensamiento de Marx. ¿Cual era la actividad de Marx en el momento en que procedió a la elaboración del materialismo histórico, en el paso de la posición de crítica de extrema izquierda de la sociedad, desde el punto de vista democrático, a la de teórico y organizador del proletariado? Es en el preciso momento en que frecuente asiduamente, en 1844 y en París, las reuniones clandestinas de los artesanos comunistas alemanes y franceses organizados en la Liga de los Justos. Ruge, escritor demócrata pequeño burgués, con el que Marx fundó en la emigración una revista alemana, no entendía como éste (que era capaz de pasarse en esa época tres o cuatro noches nadando entre libros) podía perder el tiempo con aquellos bastos. Marx siempre quiso rendir homenaje a los ‘proletarios de genio’ como Proudhon y Weitling, incluso mucho tiempo después de haberlos combatido y de haber roto con ellos.

El movimiento de la clase obrera fue concebido desde el principio por sus protagonistas de forma organizada, no concibiendo que pudiese existir de otra forma. Al estar reducidas a la clandestinidad y ser necesariamente organizaciones minoritarias de vanguardia, no podían ser una organización de la clase como tal. Predicaban diversas formas de comunismo utópico. La Liga de los Justos tenía por principio la clandestinidad, que no entendía como impuesta por el enemigo, y una concepción ‘putschista’ de la revolución. No se trata, pues, de una organización de la clase en el pleno sentido de la palabra, por otra parte no existía ninguna antes de la I Internacional, fundada en 1864, o la asociación general de obreros alemanes, creada por Lassalle en 1863; pero ese era el movimiento obrero tal y como existía en su fase embrionaria. No fue por azar, ni mucho menos, por lo que Marx, puede que tres meses antes de emprender la

redacción del *Ideología Alemana*, glorificó en una serie de artículos la insurrección, en la primavera de 1844, de los tejedores de Silesia. Le confirió incluso una consciencia en sus fines históricos que, ciertamente, no tuvo este movimiento. Dicho de otra forma: vio en este movimiento no sólo lo que fue sino lo que anunciaba, o sea, el movimiento histórico de la clase obrera.

Para Marx y Engels, el movimiento de la clase obrera por su emancipación, por su organización, era inseparable de la doctrina.

Estudiando el movimiento histórico de la clase obrera por su emancipación, tal como lo encontró en sus principios, Marx supo comprender su importancia histórica y dio el salto decisivo, adoptando en lo sucesivo el punto de vista de clase del proletariado para elaborar la ‘nueva teoría’: el materialismo histórico. Por su parte, Engels llegó en la misma época a las mismas conclusiones a partir del movimiento cartista inglés: se trataba de la primera organización de clase del proletariado, conteniendo, cada vez más, una potente ala revolucionaria, en el país que estaba en la vanguardia del desarrollo del capitalismo.

Hay que señalarlo una vez más: la historia de la elaboración del marxismo no es la historia a parte de toda una serie de obras literarias que se suceden unas a otras y jalonan los progresos del pensamiento del ‘filósofo’ Marx: *Crítica de la filosofía de Hegel*, *Manuscritos de 1844*, *La Sagrada Familia* y, finalmente, *La Ideología Alemana*. No, no se trata de historia literaria, por lo menos a partir del momento en que ésta se convierte en historia de la elaboración de la teoría científica del proletariado, de la teoría del proletariado. Y, como tal, es la teoría propia de la única clase progresista de la sociedad actual y, por tanto, la única clase que no tiene nada que disimular ni nada que ocultar, y, por este mismo motivo, la única teoría científica de la sociedad.

Por eso es por lo que la *Ideología Alemana*, obra en la que Marx y Engels desarrollaron por primera vez en 1845, los fundamentos del materialismo histórico, no fue escrita, como se dice muy a menudo, para que los autores ajustaran cuentas con su anterior conciencia filosófica. Fue escrita como programa de una organización que sus autores fundaron en la misma época, los comités de Correspondencia Comunista, destinados a servir de marco de discusión y de acción común, en cuyo seno la discusión se desarrollaba tanto sobre el ‘verdadero socialismo’ que quería realizar el socialismo en nombre de la moral eterna, como, por ejemplo, sobre la cuestión de decidir

si era preciso sostener a los candidatos demócratas en las elecciones municipales en Prusia.

La organización, desde ese mismo momento, no puede separarse de la doctrina, del materialismo histórico, de la dialéctica; era la base, y no puede ser de otro modo ya que si el proletariado tiene por misión histórica abolir todo régimen de clases, si en la sociedad actual no se apoya sobre ninguna posición en la producción que haga de él un candidato a la conquista de nuevos privilegios, como era el caso de la burguesía en su lucha contra el antiguo régimen, precisamente por esta razón, sólo puede constituirse como clase accediendo a sus objetivos históricos. Y sólo puede hacerlo organizándose.

La teoría es uno de los componentes de la organización y la organización es la razón de ser, la carne, la sangre, de la teoría, pero no son separables. Sin embargo son profundamente distintas. Por tanto, si la teoría no engendra por sí misma la organización, mucho menos nace espontáneamente de ella. No es suficiente con militar en la OCI para adquirir sin un esfuerzo particular un conocimiento suficiente de la teoría marxista... hace falta, pero no es suficiente; y sin teoría no podremos construir el partido revolucionario.

Cuando Trotsky comenzó, en los últimos días de su vida, el prefacio inacabado de su libro sobre Stalin, y hablando del Partido Bolchevique, escribió más o menos esto: no fue el aparato el que creo el partido, fue la idea la que creo el partido y éste su aparato; el partido se funda sobre la idea. La idea, es decir, la teoría marxista, se desarrolla en el marco de una lucha organizada. Tal es el lugar de la teoría marxista en nuestro combate.

Edita: Grupo Germinal (en defensa del marxismo)



para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es